

El miedo a la muerte

De la muerte, ¿qué es lo que yo sé?

A pesar de no haber tenido ninguna experiencia cercana de ella, creo que tengo alguna cosa a decir sobre la muerte: he recibido -como psicoanalista, como teólogo, como sacerdote- el miedo que la muerte inspira a algunos cristianos y también he podido ver la manera como éstos utilizan su fe en la resurrección para negar la muerte y para domesticar el miedo que la muerte provoca.

Había expuesto mis dificultades sobre la resurrección, cuando fui golpeado, como si en pleno rostro recibiera un latigazo, por este miedo de la muerte de muchas maneras, algunas de ellas con odio. Me quedé apaleado, sofocado, hundido, como enterrado.

Ahora, habiendo pasado cuatro años, la tempestad calmada, habiendo logrado no dejarme ahogar, reanimado, puedo decir al menos de la muerte -por haberla visto cara a cara y por haber padecido sus furores- lo siguiente: conozco el miedo que la muerte inspira a algunos creyentes y sé cómo ella llega a deformar la fe de éstos en la resurrección y, más radicalmente, su fe en Dios.

Mi situación era bien particular. No era de aquel grupo de hombres y de mujeres que, conscientes del papel que el miedo de la muerte juega en toda fe religiosa, han decidido no creer ya más y negociar de otra manera las incógnitas que este miedo suscita inevitablemente en todo ser humano.

Yo era también muy consciente de este miedo y también había decidido negociar de otra forma estas incógnitas, pero sin embargo no dejé de creer.

Es verdad que la fe en la resurrección me había parecido estar tan condicionada por este miedo que, después de una etapa -la que quedó reflejada en "¿Un caso de fe postfreudiana en la resurrección?" (*Concilium*, nº 105, maig 1975)- llegué a una posición mucho más radical en "*Quand je dis Dieu*" (1977): ya no creía en la resurrección, ya no creía en la vida eterna. Pero, y aquí estaba mi originalidad, yo continuaba creyendo en el Dios de Jesucristo y en este mismo Jesucristo, y en otras cosas menos importantes pero no sin importancia: la Escritura, la Eucaristía, la Iglesia. Creía en todas las verdades esenciales de la fe cristiana, excepto en la resurrección.

Una evolución ulterior me hizo encontrar un sentido -no ciertamente idéntico al que se acostumbra a dar en el cristianismo- a la resurrección de Jesucristo, pero esto no cambió en nada el ánimo de mis censores. Pasada mi estupefacción, comprendí que muy poco importaba lo que pudiera pensar de Cristo y de su resurrección; lo que realmente importaba era lo que yo pensara de la resurrección de los humanos, de la muerte de los humanos. La resurrección de Cristo importaba poco; pues lo que importa es nuestra resurrección; o mejor dicho, la resurrección de Cristo tiene una enorme importancia, pero sólo en función de la nuestra, de la cual la suya sería la garantía, el anuncio y la realización anticipada.

Poco podía importar lo que yo pensara de Dios y de Cristo; importaba lo que yo dijera de la muerte. El centro de gravedad del sistema pasaba a ser la muerte de los humanos y el miedo que ella inspira, y no de ninguna manera ni Dios ni Jesucristo. Ya podéis creer todo lo que quisierais en Dios y en Jesucristo, que si dudáis por poco que fuera de la resurrección del hombre no servirá de nada: todo lo ponéis en peligro ya que debilitáis el centro de gravedad.

Mi posición -afirmar mi fe en Dios y en Jesucristo expresando al mismo tiempo mi imposibilidad de creer en la resurrección de los humanos- me ha permitido este

encuentro con el miedo que la muerte inspira y conocer cómo este miedo condiciona la propia fe cristiana. Ignoro hasta qué punto es aterradora la muerte, pero no sé si puede ser mucho más que el miedo que inspira.

Creo que he tenido la ocasión (¿puedo decir la suerte?) de observar de qué manera el cristianismo está condicionado por el miedo de la muerte, pero también he tenido la bienaventuranza de encontrar cristianos para los cuales la cuestión de la vida eterna era secundaria respecto al hecho de "conocer Dios y al que él ha enviado, Jesús el Mesías" (Jn 17,3); he tenido la suerte de encontrar cristianos que tenían, ¡cómo no!, un gran miedo a la muerte (yo también tengo este gran miedo a la muerte!), pero que de ninguna manera estaban dispuestos a que este miedo les hiciera decir cualquier cosa sobre Dios o sobre el hombre; he tenido también la suerte de encontrar no creyentes que se interesaban por aquello que yo pudiera decir de Dios y de Jesucristo, ya que, si se comprobaba que todo eso no servía únicamente para negociar pobremente el miedo de la muerte, entonces quizás valdría la pena de considerarlo sin perder al mismo tiempo su dignidad de hombre o de mujer.

A todos ellos me siento obligado a intentar dar una explicación. Incluso llevo mi temeridad a pensar que también se la debo a Dios. No alcanza, sin embargo, mi temeridad a pensar que esta explicación sea fácil.

Traduce y resume:

Miquel Sunyol

<http://www.tinet.org/~fqi>

Próximo capítulo: ¿Es verdad que "Sin resurrección la vida no tiene sentido"?